

Viaje al centro de la ficción



ANTOLOGÍA



Marianne Díaz Hernández



Maritza Requena



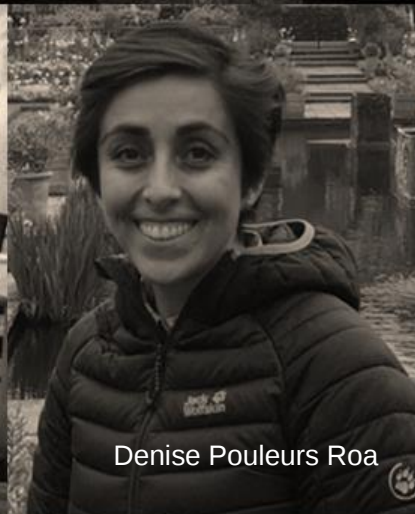
Jorge Aliaga



Marcela Jiménez de la Jara



Carolina Aguilera Campillay



Denise Pouleurs Roa



María Paz Medina



María José Herrera Brümmer



Camila Chacc

Viaje al centro de la ficción

ANTOLOGÍA

Edición: Nicolás Cruz
Diagramación: Marta Suárez

BiblioGAM
Santiago de Chile
julio de 2017

Contenido

Presentación	3
La ventana. <i>Marianne Díaz Hernández</i>	5
El truco de magia. <i>Maritza Requena</i>	11
Naturaleza muerta. <i>Jorge Aliaga</i>	17
Trilogía. <i>Marcela Jiménez de la Jara</i>	26
Concierto en violín. <i>Carolina Aguilera Campillay</i>	32
Las trenzas de mi tío pelao. <i>Denise Pouleurs Roa</i>	39
La Trevi es mi pastor. <i>María Paz Medina</i>	49
Silencio. <i>María José Herrera Brümmer</i>	55
Casas. <i>Camila Chacc</i>	59

Presentación

No hay mejor escenario para un tallerista literario que trabajar con un grupo despierto y con hambre. Hambre de conocer, de leer y escribir, de presentar su trabajo frente al resto de los compañeros para recibir sus comentarios, y de escuchar al otro, para así poder ser parte de su proceso creativo. Eso que en apariencia puede parecer algo fácil de conseguir no lo es. Son pocos los grupos en que ese proceso de retroalimentación colectiva se logra, pero cuando se consigue los resultados saltan a la vista.

Este es el caso de los participantes del taller de cuento *Viaje al centro de la ficción*, llevado a cabo en la BiblioGAM, los que tomaron esta experiencia como la excusa perfecta para lanzarse de lleno al proceso de escritura y desarrollo de sus proyectos literarios.

La antología que les presento es una muestra de los dos meses de trabajo creativo realizado durante el taller, y en ésta puede apreciarse no sólo la variedad, sino también la calidad de plumas que fueron parte de él.

Nicolás Cruz
Tallerista *Viaje al centro de la ficción*
julio 2017

La ventana

Marianne Díaz Hernández | Altagracia de Orituco, Venezuela,
1985

—¡Agárralo! ¡Agárralo! —gritaron las voces abajo, confundiéndose unas sobre otras, indistinguibles en la oscuridad de la noche.

Se asomó a la ventana con cautela, sin abrir la hoja. En el cristal manchado aún se podía observar el hoyo de la bala que le habían disparado la última vez, en advertencia o castigo a su curiosidad impertinente. Abajo, en la acera, entre el macetero que antes contenía un frondoso ficus y el contenedor de basura, dos muchachos atrapaban a un tercero por el cuello de la camiseta desgastada y de un empujón lo arrojaban al suelo. Tres más llegaban entonces a sumarse al grupo, y entre todos, una lluvia de patadas y puñetazos caía sobre el cuerpo desplomado.

Quiso gritar, pero el sonido se ahogó en su garganta. En vez de eso, presionó más su cuerpo contra el frío de la pared a

sus espaldas, como buscando desvanecerse en ella, hacerse invisible. Sacó la mano izquierda del bolsillo del vestido, y apagó la única luz lánguida que iluminaba el departamento semivacío. Antes, las luces se dejaban encendidas para no alertar a los delincuentes de que el inmueble estaba vacío. Ahora, a la inversa, en ocasiones había que fingir que no había nadie, que nadie estaba viendo, que nadie sabía nada. La policía pasaría por ahí más tarde, quizás al día o a la semana siguiente, y ella diría que no había estado en casa, que no había visto ni escuchado nada. Haría un esfuerzo porque fuera verdad, por olvidar todo cuanto le fuera posible.

Aquel departamento había sido de sus padres, pero en aquellos tiempos estaba decorado con un sentido estético de otras décadas, lleno de figurines de cerámica y muebles de mediados de siglo. Todas esas cosas las habían ido vendiendo al mejor postor, rematándolas en mercados de segunda mano para costear el precio de mercado negro de las medicinas que necesitaba su madre, y que eventualmente se habían hecho también insuficientes para mantenerla aferrada a este mundo. Ahora solo vivía ella, con lo estrictamente indispensable, saliendo a la calle únicamente a cubrir las guardias de enfermería en el hospital y a intentar encontrar cualquier cosa comestible entre los estantes vacíos de los supermercados cercanos. El resto del tiempo se encerraba a solas en el departamento y se dedicaba a leer los libros que no había

logrado vender: tratados de anatomopatología, manuales de reanimación cardiopulmonar, novelas de detectives.

Le había costado acostumbrarse a la soledad en la que ahora se acomodaba como un molusco en su concha, una soledad con la forma y el tamaño exacto para esconderse de todo lo que sucedía más allá de la puerta, más allá de la acera o del límite territorial de su piel. Por muchos años, luego de la muerte de su padre, habían sido un equipo de dos: ella y su madre enfrentadas a todo, ella –apenas adulta, iniciando la universidad, aprendiendo cuáles eran sus límites– y su madre –aquella mujer tenaz y menuda, capaz de poner a cualquiera en su lugar con cuatro palabras pronunciadas con su voz suave y melódica. Su madre se había ocupado de las cuentas, de enfrentarse a caseros, conserjes y cobradores por igual, hasta lograr verla aquella mañana vestida con la toga, el birrete y la cinta gris en el anfiteatro de la universidad, convertida en símbolo de todos sus esfuerzos. En esa época la enfermedad ya empezaba a atacarla desde adentro, pero aún era capaz de disimularlo lo suficiente para que la hija no se diera cuenta de nada.

La primera evidencia que encontró de que algo no andaba bien fueron los objetos que iban desapareciendo: el reloj de sobremesa del abuelo, la secadora de pelo, la vieja máquina de hacer pan, cosas que no se usaban todos los días pero que dejaban tras de sí el halo del espacio que habían ocupado. Nunca se daba cuenta el mismo día, ni siquiera la

misma semana, sino un tiempo después, al posar la vista sobre un rincón donde antes hubiera una silueta familiar y ahora apenas el vacío, empezando a desdibujarse por el polvo. Eventualmente se lo preguntó, a pesar de que nunca antes había juzgado las decisiones de su madre en la administración del hogar o en la vida, y fue así como supo que el dinero estaba yendo hacia las costosas sesiones en el hospital. Las medicinas, desaparecidas de las farmacias desde hacía mucho tiempo, solo podían obtenerse en el mercado negro y a precios de escándalo.

De ahí que decidiera insistir hasta entrar a trabajar en el hospital, a pesar del sueldo de miseria que le pagaban. Había aprendido que la única manera de obtener algo del sistema era convertirse en un engranaje más, en parte de él. Se ocupó de conocer a la gente necesaria, de encontrar las amistades y las influencias que hacían falta para dotar a su madre del tratamiento que requería. Sin embargo, la enfermedad no respondió a los medicamentos con la rapidez que esperaban, y de cualquier modo fue necesario seguir vendiendo cosas – enseres de cocina, ropa, muebles; al comienzo los libros de la biblioteca, al final también las estanterías– tan solo para costear los gastos más básicos, la comida, los servicios, mientras veían cómo el dinero se hacía agua y sal entre los dedos.

La noche de tormenta en que murió su madre, sola en el pequeño apartamento semivacío, había abierto la gaveta donde guardaban los últimos objetos personales. Ahí, en un pequeño cofre, aún se encontraban las últimas alhajas, las cosas que se

habían salvado del naufragio: los anillos de boda de sus padres, su anillo de graduación, la cadena de oro que le había regalado su madrina en la primera comunión. Bajo la lluvia, llevó todo a lo que aún se denominaba casa de empeños, a pesar que desde hacía mucho tiempo ya no se empeñaba nada, solo se vendía. El prestamista sabía que nunca regresaría a rescatar aquellas cosas, y ella sabía que los objetos serían fundidos en cuanto se diera media vuelta. Pero aquel era el dinero para el funeral de su madre, para poder esparcir sus cenizas en el mar Caribe, como le había pedido que hiciera.

Después de eso, solo quedaba ella en aquel apartamento vacío de muebles y de risas, ella y sus turnos de veinticuatro horas que la hacían volver a casa a horas insólitas y con los ojos enrojecidos por el sueño, para caer en la cama inconsciente, de cara a las pesadillas que la acechaban casi cada noche, y luego despertar a horas inusitadas como aquella, presenciar cosas que era mejor que hubiera ignorado para siempre. Abajo, los cuatro que pateaban el cuerpo inerme se habían convertido en diez, que ante la falta de resistencia habían perdido interés y ahora se lanzaban contra la reja metálica del edificio, sacudiéndola para desgajarla de sus goznes, intentando treparla o romper la cerradura. Si no se daban antes por vencidos, era cuestión de minutos antes de que estuvieran dentro del edificio, alzando lo que encontraran para llevárselo, golpeando a quien se interpusiera.

En la penumbra, sin separarse de la ventana, abrazó su propio cuerpo como quien se resguarda del frío. Después, retornó la mano a su bolsillo, apretando los dedos sobre el frío metálico de la pistola cargada, y cerrando los ojos, contó hasta diez sobre el sonido de la reja metálica desprendiéndose de sus goznes, sobre el sonido de los pasos, pesados, de una multitud retumbando en las escaleras.

El truco de magia

Maritza Requena | Santiago de Chile, 1984

Un sábado de noviembre Daniela dejó inconcluso uno de los capítulos de su tesis de Magíster en Literatura y prefirió salir a juntarse con sus amigos de la universidad, quienes arrendaban hace poco un departamento compartido en Ñuñoa. A sus 25 años había logrado gran parte de las aspiraciones que cualquier mujer de su generación podía tener, si es que había estudiado en un colegio particular pagado que la encaminara hacia la obtención de un título profesional y la independencia económica. Sabía que se estaba permitiendo ser algo irresponsable, pues debía cumplir con la entrega del borrador a más tardar a fines de diciembre. Además en el colegio siempre había sido la mejor del curso, la más estudiosa y organizada. Incluso en la universidad sus compañeros solían pedirle sus cuadernos para sacarle fotocopias, pero era joven y también quería divertirse.

Tomó una micro en el centro, que era donde hace un año había conseguido arrendar un departamento para ella sola gracias a las clases que hacía en un conocido preuniversitario. Se bajó en Grecia frente al Estadio Nacional y desde allí caminó por Maratón hasta José Domingo Cañas escuchando "Love will tear us apart", su canción favorita de Joy Division.

Entre las jóvenes promesas de la poesía chilena y los incipientes ayudantes académicos orgullosos de sus triunfos en postulaciones a Becas y Fondos de Cultura que estaban en la casa, Daniela encontró a Roberto, un coronel de ejército de 27 años que parecía estar soltero al igual que ella. Después de un par de cervezas, Roberto ganó confianza y, alentado por alguno de los poetas en vísperas de concretar su primera publicación, se dedicó a mostrarle a los comensales su talento oculto. Sacó su naipe inglés, barajó las cartas prolijamente y empezó: "corta", "escoge un mazo", "escoge una carta", "muéstrala", "que todos la vean", "yo no la he visto", "no sé qué carta es", "¿era ésta tu carta?". Acertó en todos los trucos y el grupo literario interactuaba fascinado, entregado al juego y al alcohol. ¡Qué entretenido parecía para Daniela que se reía y se reía!

Tras haber pasado a la piscola, los demás alternaban las conversaciones entre el impacto de las redes sociales en la difusión de la obra de arte y los tradicionales reproches que se hacían unos a otros: "seguro se te olvidó que fui yo el que te presentó a la ayudante de pragmática para que te dejara publicar en la revista", "¿acaso no te acordai que cuando te pedí

que me invitarai al encuentro de poesía joven te descartaste diciendo que no tenía ninguna influencia en la elección de la gente que iba a participar?", "pásame el hielo mejor y tú no te tomí toa la bebía."

Daniela, que no solía participar en ese tipo de discusiones, se preguntaba quién le podría regalar un cigarro. No fumaba habitualmente, pero tenía una regla: después de las doce y con cuatro copetes era el momento de empezar a fumar. Entonces vio que Roberto había salido al balcón, ahí entre la ropa tendida y los cactus sin regar desde hace meses, él le ofreció un cigarro y le contó que era amigo del hermano de José Manuel, uno de los inquilinos ocasionales, que era traductor y estaba casi separado. Ella prendió su primer cigarro de la noche presumiendo una nueva teoría.

—¿Te has fijado que los simples juguetes de "Toy story" representan toda la historia de Estados Unidos?

No podría decirse que a Roberto le interesaba el tema, sin embargo, estaba intrigado.

—¿Cuál? ¿La uno?

—Sí, la uno, la verdad es que no he visto las otras – respondió ella mientras botaba el humo.

—¿Cómo así?

—Claro, es como "2001, Odisea del espacio" –comenzó a explicarle moviendo rápidamente las manos–, ¿la viste, cierto?

—Sí, sí la vi –le contestó él esta vez sonriendo.

En ese instante Daniela supo que era el momento de hacer suya una idea que un profesor universitario había comentado en clases de pregrado:

—Bueno, cuando en la película 2001 el mono lanza el hueso hacia arriba y la cámara enfoca solamente el hueso en el aire y después el hueso que tiró el mono se transforma en una nave espacial a través de una espectacular técnica de montaje, ese cambio de cuadro, esa elipsis temporal, en el fondo resume toda la historia de la humanidad. Así mismo en “Toy story” tenemos al granjero y al astronauta, ¿me entiendes? y ese cambio de paradigma resulta ser el gran conflicto de la película, porque hay un pasado rural que se resiste a dar paso a la conquista del espacio.

—Mmm... No sé, pero puede ser- fue lo único que a Roberto se le ocurrió decir al respecto.

Entonces entraron porque Daniela quería ir al baño. En cuanto ella salió, Roberto la invitó a tomarse un mojito a Manuel Montt. Había llegado en bicicleta pero podía dejarla en el departamento hasta el otro día. Era buena hora para despedirse, los amigos literatos habían comenzado a bailar hits noventeros como “Disco 2000” de Pulp y “1979” de Smashing Pumpkins, quitándose la ropa y lanzando un rollo de confort de un extremo al otro de la sala de estar, en señal de afecto y fraternidad, como si nunca se hubieran destruido el ego los unos a los otros. Mientras Daniela y Roberto bajaban juntos la escalera y él la tomaba de la cintura, adentro sonaba The Smiths:

*"Take me out tonight
Oh, take me anywhere, I don't care
I don't care, I don't care
Driving in your car
I never never want to go home
Because I haven't got one,
Oh, I haven't got one."*

—Tengo que contarte algo, es algo serio, no debería contarte porque si ellos saben que te lo estoy contando a ti que eres civil puedo tener problemas. Es que no le he dicho a nadie, ni a mi familia, pero me voy a ir al norte, o sea, me asignaron para una misión en la frontera, es terrible, nadie sabe, pero va a haber una guerra, ¿te imaginas eso? Pueden morir compañeros, amigos y yo voy a estar a cargo y voy a tener que cumplir, porque es por el bien del país. Si no Bolivia y Perú nos van a invadir. Esto no sale en la prensa pero es verdad, hay evidencia de que se están armando y están listos para atacarnos, me da mucha pena, pero es cierto, se nos viene una guerra.

Roberto estaba llorando, sentado en el bar con un ron en la mano. Se compadecía por el destino de sus camaradas del ejército, sabía que su carrera se trataba de eso, de matar o morir, pero hasta ahora no había sentido la angustia de tener que ir a la guerra para mantener la paz. Daniela estaba incrédula, analizaba su discurso palabra por palabra, pensaba en lo dicho

y en lo no dicho, sin embargo, ya era tarde, estaban ebrios y por más que lo intentara no lograría sacar conclusiones al respecto.

Daniela no recuerda quién pagó la cuenta, Roberto la pasó a dejar a su departamento esperando poder subir. Esa noche intentaron tener sexo pero no pudieron, a él no se le paró, o no lo suficiente. Durmieron cada uno en una orilla de la cama, ella pensando en que nunca más se dejaría llevar por un truco de magia y él imaginando las posibilidades de que lo llamaran del ejército para partir al norte a una guerra con Bolivia y quizás también con Perú, sabiendo que ahí no podría usar sus trucos de magia para engañar a nadie.

Naturaleza muerta

Jorge Aliaga | Santiago de Chile, 1987

La idea de las catitas fue sugerida por Antonia, una de las mejores amigas de Catalina. Se suponía que el cantar de estas aves le ayudaría a estabilizar su estado de ánimo, generando una atmósfera más natural, que la protegiera de esa selva de cemento y ventanas. Así que de regalo de aniversario le compré una jaula con un par de catitas en una tienda de mascotas.

Ella levantó con sorpresa la tela descubriendo a dos pequeñas aves, una bañada en un color melón tuna, combinada con algunas plumas amarillas, y otra, que se encontraba en el extremo opuesto de la jaula, de un color celeste con blanco.

Todas las mañanas Catalina se levantaba luego de oír el canto de su nueva pareja de inquilinos. Ese sonido fortaleció su espíritu, dejó las pastillas que le había recetado su psiquiatra y aceptó mi invitación para ir al cine a ver una película de ciencia ficción recién estrenada. Fue una verdadera sorpresa para mí:

Catalina desde hacía meses que no salía del departamento, tras uno de sus tantos ataques de pánico.

Después que falleció su madre ella jamás volvió a ser la misma. Durante las primeras semanas fingió que nada había pasado, pero un día mientras manejaba en dirección al trabajo sufrió una crisis. De pronto, la mitad de su cuerpo se petrificó, no pudo soltar sus manos del manubrio y quedó detenida en medio del tráfico de la Alameda. Los bocinazos estruendosos no lograron que el vehículo emprendiera nuevamente su rumbo. Mientras estaba en plena presentación del último reporte de sostenibilidad de la empresa sonó mi teléfono. Una carabinera al otro lado de la línea me alertaba sobre la condición de mi esposa. Hablé con mi jefe y salí con premura de la oficina.

Apenas llegué la vi sentada en el auto. Estaba estacionada en un servicentro, al lado de una patrulla de carabineros. La puerta del auto estaba abierta y ella bebía agua de un vaso plástico. La abracé.

—Llévame a casa —me dijo.

El arribo de las catitas al departamento fue una verdadera bendición en todos los sentidos. Las aves se transformaron en objeto de la preocupación de mi mujer y cada tiempo que les dedicaba era una bocanada de oxígeno en su vida. Catalina parecía la misma mujer resuelta e independiente de antes. Pese a que habíamos acordado después de aquel incidente que ella no volvería a trabajar, se mostró interesada en reactivar sus actividades. Los días que no iba a la feria a comprar provisiones

(entre ellas la lechuga para las catitas), los destinaba a asistir a un curso de yoga dictado en un centro cultural, ubicado a cinco cuadras de nuestro hogar.

Cuando llegaba a casa la veía sentada a lo indio sobre la alfombra, con la vista clavada en la pajarera, haciendo el saludo al sol o realizando piruetas, que se asemejaban más bien a las de un contorsionista. En otras ocasiones Catalina simplemente cerraba sus ojos y absorta en una respiración pausada, se preparaba para sus sesiones. Ataviada siempre en uno de sus buzos deportivos de vistosos colores, realizaba sus ejercicios, mientras las tonalidades de éstos se camuflaban con el plumaje de las aves, que encaramadas en el trapecio observaban todo desde su realidad cuadriculada.

Catalina veía la televisión y yo revisaba las noticias en un periódico que estaba sobre la mesita de luz.

—Luis, ¿te gustaría que tuviéramos un hijo? —me preguntó

No supe qué responder, miraba el diseño del cobertor de nuestra cama matrimonial, que tenía dibujados unos hibiscos de color rosa. El fondo que lo acompañaba era de un tono azul marino. Ella sabía la respuesta, lo habíamos intentado en numerosas ocasiones, pero Catalina había tenido varias pérdidas. Aún la recordaba al interior de la consulta ginecológica, con su cara de dolor tras el raspaje uterino al que había sido sometida. Luego de esos abortos espontáneos, su

respiración se impacientaba, se encerraba en su dormitorio y yo dormía resignadamente en el sillón cama rojo del living.

El macho extasiado busca a la hembra, se acerca a ella con sigilo. Ella lo mira con curiosidad; le encandila la pigmentación de sus plumas, y su osadía que raya en el atrevimiento. Ante esa proximidad la hembra huye, toma distancia; mientras que el macho, unos pasos más allá, planifica su próximo paso. Decididamente se instala a su derecha y empieza a batir sus alas, con movimientos sinuosos; por su lado, la hembra cae en un trance hipnótico y se regocija ante ese arcoíris andante. El pájaro con astucia extiende sus alas y da unos pasos rápidos hasta llegar a su cola. Ella resignada acepta el cortejo y se suma a esa agitación envolvente.

Mi mujer pasaba gran parte del día detenida frente a esos delgados barrotes como una etnógrafa, pero de animales, estudiando el comportamiento de sus invitados estrellas. Yo, por mi parte, pasaba después del trabajo a un mall en el centro, me relajaba el simple acto de observar a las personas que transitaban por el patio de comidas. Las palmeras sintéticas, las cerámicas blancas y refulgentes, las escaleras automáticas que iban y venían, el reflejo del sol que emergía desde los numerosos tragaluces, o las luces que iluminaban en la noche los pasillos, como los focos de un estudio de televisión; detalles de este hábitat atemporal y pasajero que nadie parecía interesado en notar.

Una tarde al volver a casa me percaté que una de las aves no se encontraba dentro de la jaula, solamente la de color celeste se acercaba al bebedero y al comedero ubicados a ras del suelo. Miré la puerta de entrada, lucía firme y no había evidencia de que hubiera sido manipulada. Durante el atardecer vi al otro pájaro de color verde asomar su cabeza por el agujero de la casa que los cobijaba. Justo en ese momento su compañero que estaba fuera del nido, abrió su pico curvo y la otra ave recibió instintivamente el alpiste que engulló con avidez. En una ocasión atisé dentro de ese nido de madera, aprovechando el intertanto en que ambos pájaros se encontraban en el exterior. Había dos diminutos huevos de color blanco, uno al lado del otro. Pensé que ya era necesario comprar una jaula más grande.

Tres días después cuando regresé a casa vi que la jaula chalet había sido sustituida por una que ocupaba gran parte del muro del living. Sobre el sofá mi mujer había dejado dos cuadros que descolgara para despejar la muralla. La jaula tenía terminaciones de madera y una malla de alambre cercaba el paso de las aves. Sin embargo, lo que más me llamó la atención fueron unas ramas que se abrían como árboles y que estaban adheridas al fondo con un material parecido al cemento. Mi mujer que siempre se anticipaba a mis pensamientos se había hecho cargo de todo.

—Mi amor, ¿qué te parece? Le encargué el trabajo a don Julio, el jardinero, y lo aceptó de inmediato.

—Está bonito.

—¡Qué expresivo eres! —inquirió.

Una mañana distinguí dos cabezas que emergían desde el agujero del nido de madera. Su aspecto era como mojado y en sus cuerpecitos rosados se divisaban algunas plumas. Lloraban y sus padres traían algunos granos de semilla, buscando calmar con prontitud esos gritos repetitivos. También había lapsus en que los pájaros más grandes acicalaban a los más pequeños.

Corrió el tiempo y una mañana vi que cuatro pájaros estaban posados sobre una rama, y no dos, como mis ojos solían ver. Al verde y al celeste, se sumó uno de color verde agua que, sin duda, heredó los genes de sus progenitores. Sin embargo, el ave que concitó mi interés fue la blanca, que tenía unas plumas grisáceas en sus alas, casi imperceptibles. Sus ojos eran de color rojo, pero un rojo más cercano al carmín que al escarlata. Cuando le comenté a Catalina sobre este ejemplar, ella ya le tenía puesto un nombre: Palmito.

—¿Por qué Palmito?

—Fue lo primero que se me vino a la cabeza.

—¿Pero a qué te refieres con ese nombre?

Catalina se dirigió a la cocina y sacó un tarro de color verde dentro de la alacena. En el papel que rodeaba el producto se leía Palmitos.

—¡Ah, por el color! —exclamé.

Ella asintió con una sonrisa.

Todos los días antes de tomar mi maletín miraba entre los alambres y plumas a Palmito. Me tranquilizaba verlo allí, tendido sobre el trapecio o alguna rama, bebiendo agua del bebedero o rascándose con insistencia alguna parte de su cuerpo con su pico o sus patitas. En las raras ocasiones en que el sol entraba en el apartamento, Palmito se metía dentro del bebedero, chapoteaba en el agua, mojando su plumaje, batiendo las alas y salpicando todo a su alrededor. Era extraño, pero la presencia de Palmito hacía que mis vueltas diarias por el mall disminuyeran. Sentía que, de alguna forma, Palmito era como un hijo que daba sus primeros pasos y al que me gustaba acompañar sin reparos.

Esa sensación que se asimilaba a la felicidad, desgraciadamente fue volátil. Intento buscar una explicación, pero creo que todo cambió cuando el jardinero trajo otro pájaro a nuestra jaula. Fue un día miércoles que llegué más temprano de la oficina debido a un corte de agua que afectó a todas las instalaciones. Agazapado en el fondo de la jaula vi a un ave azul, también era una catita, pero de un azul eléctrico que no había visto antes.

Me acerqué a Catalina y le pregunté de dónde había salido ese nuevo ejemplar, apuntándolo con el dedo índice.

—Me lo trajo de regalo don Julio. Lo encontró en el antejardín del edificio. Estaba perdido.

—No me gusta.

—¡Es un animal, Luis! —me dijo con tono de reproche.

Me encogí de hombros y preferí guardar silencio. Algo tenía ese nuevo inquilino que no me agradaba. Además pensé que cinco aves ya eran demasiadas. Debía comprar continuamente las semillas en la tienda de mascotas, que con la irrupción de ese quinto morador se vaciaban rápidamente. Desde ese día en adelante algo se alteró completamente en nuestras vidas.

Las primeras señales fueron las plumas. Noté que el suelo de la jaula estaba invadido de plumas de diversos colores: azul, blanco, verde y amarillo, se camuflaban como un acuarela, mezclados con la caca de las aves que manchaba sin piedad todo a su paso. Luego vinieron los ataques de las aves que se machacaban las alas con violencia contra la red de alambres. La primera vez que sentí ese ruido me asusté, corrí al living y vi como uno de los pájaros se lanzaba como una bola de boliche contra la malla. Le resté dramatismo y una llamada de carácter urgente de mi jefe hizo que me olvidara por completo de la situación.

Al día siguiente noté a Palmito más silencioso de lo habitual. Vi la jaula desde el otro ángulo y me di cuenta que en la parte trasera de su cabeza había perdido gran parte del plumaje. Más arriba tenía una aureola de sangre coagulada, que me impacientó más de la cuenta. Su cabeza estaba al borde de la decapitación y un manto de hormigas invadía el suelo de la jaula con un apetito voraz. Se me erizó la piel de la espalda. Más abajo otras aves estaban desparramadas en el fondo como

ángeles caídos, inmersos en una masa sanguinolenta. A su lado yacían tres o quizás cuatro huevos diminutos.

— ¡Catalina, Catalina, Catalina!, ¡Ven a ver a Palmito, algo le pasa!

Nadie me respondió desde el dormitorio. Empujé la puerta que estaba entreabierta. Tumbada sobre la cama estaba mi mujer, lánguida y con los brazos extendidos sobre las almohadas, sus manos se aferraban a ellas como garras. Las fundas estaban rasgadas y un manto de plumas blancas cubría su cuerpo encima del colchón, como un plumífero abandonado en el nido. Entremedio de sus piernas había un pequeño charco de sangre estancada. Desesperado le tomé el pulso y al percatarme que ella volvía en sí, recogí del cajón del velador sus pastillas, tomé un vaso con agua y se lo di. Sentí como el aire volvía a mis pulmones.

Ahora que rememoro durante los últimos meses la salud de Catalina fue cuesta abajo. Nunca me di cuenta o tal vez no quise hacerlo. Actualmente mi mujer retomó sus sesiones de terapia con su psiquiatra. Además de sus clases de yoga está practicando reiki. Nunca más volvimos a hablar sobre la jaula ni tampoco sobre Palmito. Ahora nuestra preocupación tiene otro nombre, Chocolito, un hurón de mirada asustadiza que vigila como mi mujer realiza su rutina diaria de ejercicios.

Trilogía. Sinfonía en tres tiempos

Marcela Jiménez de la Jara | Santiago de Chile, 1942

I

Pascua de Resurrección

Entró a la consulta del terapeuta algo inhibida; era una sesión de grupo y solo conocía a un par de colegas que le ayudaban a recoger información para su tesis. Vestía esas elegantes tenidas que le hacía su madre, quien incrementaba los ingresos familiares cosiéndoles a las señoras jóvenes de las cercanías de su casa en Vitacura.

Ella tenía 23 años y el terapeuta, solo 42.

Venía de misa y había concluido que requería de “un agente externo” para que al igual que el ángel del evangelio, removiera la piedra de su sepulcro. Miedo; mucho miedo y esa negación tajante a afectos y caricias, defendiendo con fanatismo su virginidad.

Ya han pasado muchos años desde aquella tarde de otoño en el barrio Lo Castillo. Sangre, dolores, encuentros, amores y desamores. Tres hijos coronan su vejez y nietos y nietastros alegran sus rutinas.

—No es fácil vivir! —repite a diario cuando se levanta en su fría casona de Ñuñoa, pero irremediablemente el entusiasmo la envuelve de nuevo en círculos virtuosos. Soñó al amanecer en estado de semi vigilia, que estaba embarazada y que acariciaba su vientre con pudor.

¿Qué está gestando ahora? Lo conversará con el nonagenario terapeuta, que la esperará como siempre, con su dulce sonrisa envejecida.

II

Ese montón de libros que están botados en la pieza del fondo

No logra recordar cómo vivían en esta casa tan grande, ahora helada y vacía. Algo la mantiene acá y desde la muerte de su marido y la ineludible partida de sus hijos, no ha logrado venderla ni arrendarla.

—Hay que hacer una sanación para movilizar energías —le dice su hija menor. Recuerda que el papá decía que lo sacarían de esta casa “con piyama de palo”—continúa Sofía, refiriéndose al ataúd.

Otro tanto es lo que asegura su amiga María Angélica, quien incluso le ha ofrecido traer a Drago, el talentoso médium,

para invitar a las almas detenidas en los rincones de la casona a ascender hacia la luz.

—Aquí penan, señora —le había dicho la nana Chila, que era quien se quedaba cuidando la casa cuando salían de vacaciones. Estoy en la cocina, siento ruidos de madera y todos los cajones de los closets del dormitorio del fondo están abiertos —le comentaba asustada.

Hasta ahora que está completamente sola viviendo en esta casa, nunca se había planteado esta posibilidad. Aunque ha prendido todas las luces, siente una extraña desazón y el viento del otoño y del invierno que ya se anuncia en esta fría tarde de martes, la inquieta sobremanera. Hay ruidos que atribuye a roedores que disfrutan de las nueces del añoso nogal del patio del fondo, o a los gatos de los vecinos que los persiguen.

Y fue al llegar tarde del taller de literatura, que empezaron las interrogantes. ¿Por qué está prendida la luz de aquella habitación si la dejé apagada? Es la pieza de su hija Camila que vive en Francia, que se ha convertido en una suerte de biblioteca o de estudio no siempre ordenado, en donde su nieto de nueve años se escabulle a hacer sus experimentos.

Alguna fuerza especial la atrae hacia ese rincón de la casa y vanagloriándose de ser valiente y de no sentir miedo, trata de explicarse el porqué de esa extraña situación. Es que al cerrar la cortina cuando salía hacia el taller, pasé a llevar el interruptor y sin querer encendí la luz, reflexiona. O tal vez al prender la luz

del pasillo cuando llegué, se produjo una conexión no registrada que requiere que Jaime, el electricista, nos lo aclare, cavila.

Dejando las frías explicaciones objetivas, piensa incluso que a pesar de las diferencias horarias es su hija Camila que la está echando de menos, llamándola mentalmente desde Nantes, desdoblándose en sueños. Rápidamente le escribe un whatsapp diciéndole cuánto la extraña, para que lo vea temprano en la mañana.

A riesgo de encarecer la cuenta del gas, ha encendido todos los radiadores de la calefacción, porque siente cambios de temperatura y ve "presencias" que circulan raudas, en varios rincones de la casona.

Se sitúa al fin en la pieza en cuestión y constata que en esa ruma llena de tierra y ácaros, están los libros que su marido atesoraba.

La figura alta y delgada de ese joven de belleza indescriptible, (así lo expresó un cineasta que lo divisó en la calle en la década del cincuenta), se le aparece transitando por el Parque Forestal, frente a la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile. Lleva el código bajo el brazo y se alimenta apenas con plátanos y algo de leche; gastó todo el dinero que le pasó su tía para que almorzara en la librería cercana, y devora con ansiedad "La sangre y la esperanza" de Nicomedes Guzmán, los relatos breves de Francisco García Pavón, "El reino no es de este mundo" de Alejo Carpentier, "Enviado Especial" de Ernest Hemingway, y "Los caminos de la libertad" de Sartre. Fue

justamente con este último volumen que la presionó para que se casara con él, argumentando que uno de los caminos para ser libre, era la relación de pareja.

Tomó con cuidado esos y otros libros, ahora oscuros y humedecidos; los limpió con respeto y los ordenó delicadamente uno a uno.

La luz de la pieza no se ha vuelto a prender.

III

¿La música también?

Es que no puede irse de esta casa, sin antes saborear los tesoros escondidos que encierra. Si hasta “La pequeña serenata” de Mozart, apareció camuflada en varias versiones en el estante, con unas sinfonías de Salzburgo que desconocía.

Junto con su muerte, colapsó el equipo de música que el señor Gana arregló. Retomó los torpedos porque la tecnología la asusta y aprendió de nuevo a usarlo. Ella en el ministerio trabajando o durmiéndose temprano con sus lecturas esotéricas y él alimentando su melancolía y su romanticismo en el otro extremo de la casa, sin que nadie sospechara siquiera de sus largas e intensas sesiones de música clásica.

En sus prolongadas licencias médicas, deambulaba por los pasillos de la casona y ordenaba con rigurosidad estos discos que eran sus tesoros, iluminados por esa lucecita que acondicionó.

Las pesadas murallas de la construcción de los años cincuenta le permitían escuchar a los virtuosos sin temor a molestar al resto de los habitantes de la casa, entendiéndose en parte el porqué de sus llegadas furtivas al dormitorio matrimonial a altas horas de la noche.

Ahora, luego de casi diez años, revisa y limpia asombrada la nutrida discoteca que no se ha movido del lugar en donde él la dejó en vísperas de su muerte; allí están, no solo el concierto para violín de Tchaikovski que muchas veces ofició de puente para sus reconciliaciones, sino también, las sinfonías N° 3 y 4 de Beethoven, la N°35 "Halffter" de Mozart, además de Rossini, Weber, Verdi y tantos otros que la cautivan con sus notas y sonidos incomparables y que escucha con el respeto y humildad de una aprendiz.

Ante tales hallazgos, sumado al de los libros, siente pudor y algo de vergüenza por haber transitado en la vulgaridad de lo cotidiano, sin entenderlo y acompañarlo en sus peregrinaciones culturales.

Es lo que le ofrece ahora la solitaria casona. Reconsideraciones, reencuentros, y la posibilidad de una reconciliación post mortem.

Concierto en violín

Carolina Aguilera Campillay | La Serena, Chile, 1989

Obertura

Ella entra al teatro y le pregunta a uno de los encargados dónde tiene que dirigirse. Él le indica que el pase es para un sector preferencial. Le muestra el lugar asignado, y ella se da cuenta que realmente es una ubicación exclusiva. Se sienta y acomoda, esperando que el concierto empiece. Está algo nerviosa, se siente extraña rodeada de tan importantes personalidades. Solo quiere que el concierto comience, y escucharlo tocar.

Se abren las cortinas y sale el director, realiza la reverencia de honor, y señala a la orquesta. Comienzan a interpretar la primera pieza del programa, ella ve el tríptico que él le entregó con la invitación, y se da cuenta que aún falta para que aparezca.

Es el momento de la última pieza a interpretar, y desde el costado del escenario aparece un joven con un violín. La

audiencia aplaude efusivamente, pero sobre todo la joven en la sección de honor. Silencio reverencial, y comienza la música.

Pianissimo

El joven comienza a tocar una conmovedora pieza; lenta, suave, dulce, y lo siente, lo sabe, es para ella. Puede recordar el momento en que se conocieron, en un frío pasillo de una gran escuela, cuando ambos eran estudiantes de música. Él, un músico excepcional que quería deslumbrar a todos con el sonido de su violín, ella, una tímida mujer que quería ser profesora, para enseñarle a niños y jóvenes a vibrar y amar los sonidos, tal como le pasaba a ella. Con dulces miradas y tímidas sonrisas comenzaron su interacción. Como si lo volviera a vivir, sonríe para sí, y vuelve a verlo con ojos de amor, los mismos que brillaban cada vez que lo veían, que lo buscaban entre la multitud en aquellos días en que compartían espacio, vivencias y aire. Con cada nota tocada, ella siente la suavidad de sus manos, como cuando accidentalmente se encontraban en un roce. Puede sentir su risa, escuchar su voz alegre cuando le contaba sobre sus planes y expectativas. Recuerda la época feliz, la brisa de la primavera, el verde del parque universitario donde se juntaban.

Crescendo

Cambio en la melodía. Se hace rápida, intensa, vertiginosa, tal como ella lo vivió en aquel momento. Las suaves

sonrisas y miradas dieron paso a encuentros más intensos. La mirada penetrante de él provocó reacción en ella. Comenzó a sentirse observada, pero sobre todo deseada. Con algunas dudas, ella cambió su actitud a una más cercana y coqueta. Comenzó a acercarse, tratando de tocar más sus manos, de rozar su piel para tratar de provocar, de empezar algo. El violinista lo notaba, y parecía gustarle. Compartieron más. Él le confiaba sus anhelos, sus deseos de dejar el país para tocar en los mejores escenarios del mundo, sus miedos de fracasar en el camino, de no poder lograrlo. Le pedía consejos, y ella, enamorada, lo acompañaba y apoyaba. Eran días felices, pero a la vez angustiantes. Pasaba el tiempo, y la relación no progresaba, y ella comenzó a preguntarse qué ocurría. Está inmersa en sus pensamientos, hasta que reacciona, al dar la melodía un nuevo giro.

Los oyentes susurran en voz baja, están impactados, la obra tiene matices y cambios impresionantes, sin duda es una obra maestra espectacularmente interpretada por el joven virtuoso del violín. Ella se incorpora para prestar atención a esta nueva parte, una melodía suave, pero poderosa y sobre todo sensual. Un leve ardor le recorre el cuerpo, cierra los ojos por un momento, y al abrirlos lo ve, él está frente a ella, la observa como solía hacerlo antes, con intensidad y pasión. La música aún se escucha. Él se acerca y apoya su frente con la de ella. Puede sentir su respiración agitada, por lo que decide levantarse para preguntarle si está bien, pero él la detiene, se acerca por el

costado, y le roza la mejilla. Ahora es ella quien respira agitado, siente un leve escalofrío. La mano de él acaricia su cintura, mientras sus labios se rozan peligrosamente. Una presión en el pecho, un suspiro contenido, un grito ahogado.

Decrescendo

Nuevamente el ritmo cambia, y ella despierta de su fantasía. Se encuentra en el teatro, sentada, observándolo a la distancia, mientras él aún está en el escenario, con el violín. Toca disimuladamente sus labios y lo sabe con certeza, es su historia, la historia de ambos hecha música. Ahora todo se hace gris: la melodía se torna lúgubre, el público está extasiado, realmente es una gran obra, solo ella se recoge de brazos, la tonada le provoca angustia, la misma que sintió cuando la humilló, diciéndole que no tenía ambiciones, cuando la alejó y la ignoró. Sin entender por qué, después del gran avance que habían tenido, todo cambió. Él se volvió frío, distante y arrogante. Comenzó a ignorarla, a discutir por todo. Ella, sabiendo que su genio era difícil, aguantó por mucho tiempo lo que le decía. Lo disculpaba pensando que eran diferencias de humor, trataba de suavizar las cosas, de cambiar los temas de conversación, alabándolo por su talento. Incluso, contra su propio orgullo, le dio la razón muchas veces, pero pasado el tiempo, se dio cuenta que sus esfuerzos no eran valorados, y cada vez se sintió más pequeña e insignificante, y decidió no luchar más. Con todo eso le quedó claro que las miradas, coqueteos y risas no eran nada,

solo los de un amigo, de un compañero, y se sintió estúpida por creer y sentir algo que nunca fue. Sintió vergüenza, rabia y dolor, lo mismo que siente al escuchar la interpretación del joven, a quien tanto amó y odió.

Forte

Un nuevo cambio en la interpretación. La rabia y el temor se ven reflejados no sólo en su música, también en su rostro, su postura y sus ojos. Mira fijo al horizonte, tocando con fuerza. El público observa y escucha conmovido: "es un genio", "maravillosa interpretación", "una apuesta arriesgada, pero hermosa, dada su juventud", son algunos de los comentarios que se escuchan por lo bajo, pero ella no murmura, no se impresiona. Las lágrimas caen de sus ojos, cada nota es una afirmación, una bendición y una condena. Él lo había sentido, lo sentía, y se lo estaba diciendo. La amaba, la quería, la deseó y aún la desea, pero el miedo al fracaso fue más grande, y se reprocha por eso. Como si quisiera lastimarse, sigue interpretando con furia su declaración, es su manera de sacar la rabia por no hablar antes, es su propio reproche, y a ella le causa dolor. Por mucho tiempo pensó que sus ideas solo eran fantasías, que no era correspondida, pero el violín decía lo contrario. El guardaba un secreto, lo guardó hasta esa noche, la última oportunidad de hablar.

Final

La melodía se suaviza, es el perdón, perdón a ella por no haberle dicho, por haberla ignorado por miedo a que el sentimiento no fuera correspondido, por sentirse siempre inferior, y por tratar de compensarlo volviéndose arrogante y alejándola, pero eso ha cambiado. Con esta interpretación quiere decir que siempre la sintió como un apoyo, que admira su templanza, que nunca pensó que no tenía ambiciones, sino que solo le asustaba que no fueran las suyas. Su miedo ahora no importaba, el temor a que fracasaran ya no lo perseguía. Él ha hablado, ha hecho su propuesta, y quiere saber la respuesta. Es una melodía suave, y llena de esperanza.

Termina de tocar, y la ovación es total. Todo el teatro se pone de pie para aplaudirlo. Él, satisfecho con su trabajo, sonríe al público y la busca entre la multitud, pero no la encuentra. La busca con la mirada, desesperado, en el sector preferencial, donde debería estar, pero nada, solo gente desconocida aplaudiendo y hablando, sin ella. Se desespera, se frustra, toda su obra, su interpretación, su declaración, y no estuvo para verlo y escucharlo. Confundido es sacado del escenario por sus amigos, quienes tras bambalinas lo felicitan, pero él no hace caso, está perdido en su mundo, en un mundo lleno de rabia y dolor, pensando por qué no había asistido, preguntándose si realmente solo él había amado.

Es momento de partir, la orquesta en pleno se sube al bus que los transporta. Emocionados, varios se despiden de sus

seres queridos, un grupo importante se irá al extranjero para perfeccionarse, una oportunidad única dada por una de las escuelas de música más reconocidas a nivel mundial, la cual además les permitirá tocar en los escenarios con mayor trascendencia, oportunidad con la que el virtuoso del violín fue favorecido. Sin mayor entusiasmo se sube al bus, aún le pesa el hecho de que ella no fuera, hasta que la divisa a lo lejos, a través de una de las ventanas. Baja rápidamente, pero no la encuentra, no la ve, por lo que asume que fue solo su imaginación, y vuelve a subir para alejarse, perdiéndose en el camino.

Al rato, desde atrás de un gran anuncio, sale ella, aún con lágrimas en el rostro, sosteniendo el programa del concierto con fuerza entre sus manos. Mira hacia el horizonte, donde el bus ya se ha perdido, da la vuelta y camina lentamente. Suspira aliviada, sonríe con complicidad, para luego volver a llorar. Ahora es su turno de guardar un secreto, para, tal vez en un futuro, ella realizar una declaración.

Las trenzas de mi tío pelao

Denise Pouleurs Roa | Angol, Chile, 1976

Mi tío pelao es el hermano mayor de mi mamá. Aunque vivimos en el mismo pueblo chico, siempre va de pasadita a la casa. Anda siempre apurado, si almuerza no se queda para el postre. Tiene esa sensación de la urgencia aunque no vaya para ninguna parte.

Mi tío tiene nombre de ángel renacentista, Miguel Ángel Donatello, así las constelaciones alineadas el día de su nacimiento determinaron que los pinceles tenían que ser parte de su vida. En mi casa no hay otros cuadros que no fueran de él o de mi tío abuelo.

En mi casa, mis abuelos vivían con nosotros o nosotros vivíamos en la casa de mis abuelos, quién sabe; lo cierto era que yo y mi hermana dormíamos en la pieza con mi abuelita. Nuestra pieza tenía un gran closet de dos puertas, al costado izquierdo de abajo había tres cajoneras grandes. En el cajón del medio mi abuela guardaba dos carpetas de cuero, una de recetas de

cocina y la otra de contenido desconocido para mí, porque no estaba a mi alcance averiguarlo en esos años.

Mi abuelo tenía una pieza aparte, al lado de la nuestra. La pieza de mi abuelo era una zona semi prohibida, había que pedir permiso para entrar. Tenía muchas repisas con libros y un par de cuadros al óleo de su hermano pintor. De las paredes colgaban sus boinas y abrigos. A los pies de la cama había un estante con doble puerta y candado, que siempre estaba cerrado. Yo a veces entraba a la pieza cuando mi abuelo no estaba y me quedaba mirando el estante, imaginando qué cosas podría haber en su interior, y preguntándome por qué necesitaba estar con candado. Lo miraba por los costados para tratar de descubrir si habría algún espacio entre las viejas tablas para espiar o meter los deditos; después seguía mirando por la pieza, en una de esas mi abuelo podría tener las llaves de ese candado por ahí.

Hasta que llegó mi día de suerte, en que miré de reojo por la puerta de su pieza y ahí estaba él, a los pies de su cama con el estante abierto, leyendo unas hojas. Yo ni lo pensé, entré como flotando y me puse a la orilla de la cama a contemplar el interior del estante abierto de par en par, tratando de mirar desde la altura que me permitían mis ojos. Debo haber tenido siete u ocho años. El estante estaba lleno de papeles y carpetas, después supe que eran los poemas de mi abuelo poeta.

—¿Y ese montoncito de ahí son fotos abuelito? ¿Las puedo ver?

Mi abuelo me miró de reojo

—Con cuidado porque son antiguas —me dijo serio.

Casi temblando de emoción, con el mayor cuidado, apenas tocando el borde de las fotos, comencé a mirar esas imágenes en blanco y negro, en que pude identificar a mi abuelo y abuela cuando jóvenes, con pinta cincuentera, como modelos de la Revista Rosita o Burda. Incluso pude identificar a mi mamá de niña y de adolescente, con sus hermanos. De pronto apareció la foto de una niña como de cinco años con pantalones, una jardinera y trenzas largas. Estaba sentada sobre un tronco en el patio de una casa, había ropa tendida, los árboles del fondo estaban sin hojas, pero en las ramas se veían copitos blancos, flores de cerezo. La foto tenía mucha luz, así que debe haber sido tomada a principios de la primavera. Mi abuelita siempre decía que para San Miguel, el 29 de septiembre, los cerezos tenían que estar en flor.

Después había otra foto de esa misma niña con mi abuelo, estaba de perfil y se veía que las trenzas eran bien largas, como esas fotos poseras que toda casa de ese tiempo tiene enmarcada y pintada de colores.

—¿Y esta niña quién es abuelito? No se parece mucho a mi mamá.

—Es tu tío Miguel.

—¿Mi tío Miguel con trenzas?! ¿O sea que mi tío pelao alguna vez tuvo pelo en su cabeza? ¿Y por qué los niños tenían el pelo largo en ese tiempo?

Mi abuelo solo me miró de reojo y no dijo nada más. Ahí estaba yo, echando humo con tal descubrimiento, en mi mente de niña de siete años esas cosas no encajaban, era algo demasiado sobrenatural, me quedé sin habla unos segundos. Pero la curiosidad puede más, aunque tenía los ojos desorbitados, seguí mirando el interior del estante. Se veían unas cintas de género rojo desteñido que amarraban algo dentro de una bolsa.

—¿Que hay en esa bolsa de ahí abuelito?

—Son las trenzas de tu tío.

No salía todavía de mi asombro cuando cayó esa bomba en mi cabeza, mi abuelo había guardado las trenzas de mi tío. Creo que me tuve que sentar en su cama para tratar de hacer alguna matemática mental, pero no me acuerdo si ya me habían enseñado a contar más de mil en el colegio. ¡Cuántos años tendrían esas trenzas guardadas!

Las semanas siguientes, cada vez que mi tío iba a mi casa, yo lo miraba con timidez y nerviosismo, de reojo, quería que no se diera cuenta que yo trataba de medirle la cabeza, de ver cuán pelado estaba. Me reía sola, nunca me atreví a preguntarle porque no usaba sus trenzas de niño para hacerse una peluca. Entonces lo imaginaba con distintos peinados, partido al lado, partido al medio, lo que más risa me daba era imaginarlo con chasquilla.

Mi tío también relataba los partidos de fútbol de segunda división por la radio Los Confines, el clásico de la zona Malleco

Unido versus Iberia Bío Bío. Si alguna vez íbamos con mi papá al estadio, cuando mi mamá nos dejaba salir porque el invierno había terminado; podíamos subir a la caseta de madera y verlo con unos tremendos audífonos que cruzaban su pelada, a eso yo le agregaba en mi mente un traje de papel de chocolate plateado y tenía a mi tío marciano comandando una nave espacial.

Los aromos que estaban al final de la calle, un par de cuadras más abajo de nuestra casa, donde se acababan el pavimento y el pueblo; eran los primeros en florecer a mediados de agosto, y los que anunciaban que la primavera pronto llegaría, con sus flores de amarillo furioso que contrastaban con los nubarrones azul grisáceos que a veces aguaban las tardes. Ahí estaban las canchas de tierra del Liceo Industrial donde mi tío jugaba fútbol dominguero, y nosotros íbamos con mi papá a elevar volantines. Yo veía a mi tío de lejos correr tras la pelota, en ese tiempo usaba unos mechones largos para tapar la pelada, y esos mechones se levantaban con el viento, así como nosotros levantábamos nuestros volantines.

Cada estación a los pies de Nahuelbuta trae sus colores, el fin del verano con las doradas lomas infinitas de trigo, las montañas más altas perfiladas con las araucarias eternas, los cerros más bajos con los industriales pinos radiatas. El otoño en el parque Fundo El Vergel, hojas amarillas, hojas rojas, el puente colgante, las canteras de Deuco, todos los colores que a mi tío le gustaba pintar con sus acuarelas. Una tarde pasó por la casa

y nos invitó a salir con él, mi mamá no estaba y yo dije que cómo le podíamos avisar a mi mamá.

—Naaa, si no va a pasar nada –dijo despreocupado.

Fuimos con mi abuelo, nos subimos a la Lora, la combi de mi tío, que era color verde papagayo. Nos fuimos al río Malleco por el fundo El Vergel. Mientras mi tío delineaba los sauces como finas plumas tocando los reflejos del río, nosotras juntábamos piedritas de colores. Al llegar a casa mi mamá estaba enojada, pero no me acuerdo de nada más porque nos mandaron a la pieza.

Mi tío también pintaba letreros comerciales, un día lo vimos en el centro pintando: “Cuncunita, la tienda de ropa para bebés”, le estaba pintando las antenas a la cuncuna multicolor encaramado en una escalera, nos saludó desde arriba.

De más grande pude leer algunos de sus artículos y crónicas en el diario local, aquel esfuerzo provinciano de ocho hojas que hasta horóscopo traía, el Renacer de Malleco. Había también una mini sección, un recuadro que podía aparecer en distintas páginas en diferentes días, un búho a blanco y negro y el cartel: “habla poco pero ve mucho”. El búho en un par de frases entregaba una reflexión, un pensamiento, una denuncia: “en la calle Campo de Marte con Las Heras hay un farol apagado, vecinos cruzan a oscuras en invierno”. ¡Mi abuelo era el búho encubierto!, ¡Ahora que lo pienso todo un precursor de twitter pueblerino!

Mi tío es profesor de Artes Plásticas, estudió en el Bellas Artes, pero cuando no tenía trabajo de profesor, él trabajaba en lo que fuera, eran los ochenta y la cosa no era fácil, por eso los relatos deportivos, las crónicas periodísticas, los letreros publicitarios. Con mucho esfuerzo de tanto en tanto tenía el proyecto de montar una exposición en Santiago y mostrar sus acuarelas, alguna podría venderse. Mis primos pronto entrarían a la universidad, y en pueblo chico significa irse a una ciudad más grande, pagar pensión, pasajes, más plata al fin y al cabo.

Así pasaron los años. Mi tío a veces se perdía por muchas semanas sin ir a mi casa, mi abuelo, ya más viejito, se pasaba horas mirando la ventana, contando cómo los días se acortaban o alargaban según fuera la estación.

—Hoy día se oscureció un minuto más temprano que ayer, queda poco para la noche de San Juan —decía, pero en realidad miraba por la ventana para ver si mi tío se asomaría en bicicleta para la visita cortita.

Así pasaron los años y un día yo también partí a una ciudad más grande para entrar a la universidad. Luego me siguió mi hermana. Así domingo por medio cuando tenía que viajar para volver a la universidad veía a mi abuelo despedirse por su ventana. Cada vez más viejito, cada vez me costaba más mirar desde afuera.

Uno nunca más vuelve a su casa para siempre. “Las niñas vienen de vacaciones de invierno”, habrá algo rico de comer, calzones rotos o picarones, nos lavarán la ropa. La casa estará

calientita, la estufa al fondo del pasillo, cáscaras de naranjas o coquitos de eucalipto sobre ella.

En una de esas vueltas, mi mamá cambió las colchas de las camas y como que ya no era más nuestra pieza, se sentía rara, pero ahí estaba el gran closet a medio llenar, a medio vaciar. No sé por qué aquella tarde recordé el gran cajón del medio, lo abrí, total ya era grande, nadie me iba a retar, metí la mano entre medio de los manteles y al fondo mis dedos tocaron el cuero repujado ¡Era la carpeta de mi abuelita! Ella no me diría nada, porque ya no estaba con nosotros hace varios años.

Eran manuscritos de mi abuela, también escribía poemas, pero no los pude leer todos, no entendía la letra. Algunos escritos en lápiz a mina apenas se notaban. “¡Qué premura tenías de venir al mundo!” decía uno, era el poema para un angelito, para su angelito perdido.

Entre los poemas de pronto saltó una carta, estaba fechada en el invierno de 1978, el encabezado decía: “Querida Mamita”, mis ojos comenzaron a bajar entre las líneas de una letra muy elegante, donde las palabras terminaban como pañuelos al viento. Mientras leía comencé a sentir cómo se llenaban de agua salada mis ojos y mi garganta se apretaba, era una carta de esperanza, sobre el poder volver a abrazar a su madre alguna vez. La primavera vendría pronto y traería una nueva sobrinita, que también esperaba conocer algún día. Era una carta escrita desde la cárcel, por el año, esa sobrinita iba a ser mi hermana. Era una carta de mi tío pelao, preso político por

varios meses. Lo que me mató de esa carta fue la esperanza de esas líneas de que algún día las cosas mejorarían y volvería a casa a verla a ella, a los niños, sus hijos, a toda la familia.

En mi casa, que yo recuerde nunca se habló mucho de política, qué difíciles deben haber sido esos días para todos. Me imagino la presión, la incertidumbre en la familia de no saber con quién contar, en quien confiar. De vuelta en libertad, mi tío quedó marcado como preso político; en los años más oscuros no era fácil volver a trabajar en una escuela pública si eras opositor al régimen. Por eso todos esos trabajos haciendo de todo, locuteando partidos de fútbol, pintando letreros comerciales, hasta chofer de ambulancia se cuenta que fue. Pero nunca vi a mi tío pelao triste, siempre en bicicleta con su jockey, por aquí y por allá.

Ahora comprendo su alegría de vivir, su apuro, para quien sufre el no saber si te van a soltar o te van a matar, para quien estuvo en las mazmorras de la incertidumbre más cruel a la que un ser humano puede ser sometido; eso no es más que sintonía fina con el universo, tener el sublime don de ver un nuevo amanecer con los colores de una acuarela.

El 6 de octubre de 1988 mi mamá compró todos los diarios de circulación nacional, como un recuerdo histórico.

—¡Qué contenta estaría la abuelita en este día!

Mi abuelo, en cambio, nos acompañó en esta vida varios años más, hasta que nosotras ya llevábamos un par de años en la universidad. Partió en un invierno, no pasó agosto, no pasó el

milenio. Simplemente su corazón dejó de latir pasado el mediodía, dos días después de un gran infarto.

“Cuando parta de nuevo, será en pos de lo eterno. A vivir en la roca, en el canto del viento, o polvo del tiempo, sin miradas veladas por las últimas lágrimas, ni pañuelos de adioses que anuden distancias” ACRV.

Su pieza quedó sin tocar por varios meses, yo diría un par de años, solo se fue su ropa, pero los libros, los discos, los cuadros, todo estaba ahí. Solo la necesidad de volver a pintar las paredes y cambiar algunos de los muebles nos hizo guardar algunas colecciones en cajas; entonces mi mamá llamó a mi tío y le entregó el estante con candado de mi abuelo. Luego de toda una vida, las trenzas con cinta roja volvían a su dueño.

Mi abuelo poeta, mi tío pintor.

La Trevi es mi pastor

María Paz Medina | Santiago de Chile, 1984

Llevaba mucho rato sentada en la banca de esa plaza ubicada a una cuadra del edificio en el que había trabajado tantos años. No sé por qué se me ocurrió ir ahí después de que me entregaran el sobre azul. Pero ahí estaba. Con las piernas cruzadas y estiradas, mis manos buscando calor en medio de ellas, mientras tenía la mirada fija en la punta de mis zapatos. No sabía qué hacer ni adónde ir. Pero no me arrepentía de lo que había hecho.

Siempre fui medio rebelde, quizás por eso a los cuatro años soñaba con hacer algo como lo que hacía la Cindy Lauper en el video de *Girls just wanna have fun*. Pero la gran revelación llegó un par de años después. Fue casi divino. Sentí que por fin alguien me entendía y que sabía lo difícil que era ser yo en un mundo de niñas que querían ser princesas. Yo quería estar chascona todo el día, no me importaba andar con la ropa sucia, ni siquiera me importaba pasar vergüenza por haberme

orinado, con tal de no dejar de jugar y hacer todo lo que quisiera. *Pelo suelto* de la Gloria Trevi hizo que yo sentara las bases de mi vida:

“Voy a traer el pelo suelto, voy a ser siempre como quiero, aunque hable mal de mí la gente, aunque me tachen de indecente, voy a traer el pelo suelto”.

Hace un par de semanas atrás me estaba preparando un café en la cocina de la empresa para poder resistir el largo día. Estaba agregando la quinceava gotita de stevia cuando entró la Lina. Se quedó mirándome unos segundos, con los ojos bien abiertos, sin pestañear y casi como embalsamada, luego sacudió la cabeza como queriendo borrar la cara de espanto que puso al verme y con un sonrisita cínica me dijo:

—Hola.

—Hola, Lina, ¿cómo estás?

—Muy bien, gracias. Veo que tienes nuevo look.

—¡Ah! Sí, es que a veces me creo punky, como la Kel Calderón —respondí al mismo tiempo que tiraba una risita.

—¿Cómo se llama ese corte que te hiciste?

—Mohicano. Bueno, es medio mohicano, está solo en la mitad de la cabeza, ¿te diste cuenta, verdad?

—Ah, sí. Claro. Qué osado.

Le pasé el frasquito de stevia y la quedé mirando como esperando a que me dijera algo más, hasta que ocurrió.

—¿Y tú crees que eso es una buena imagen para la empresa? ¿Cómo van tus ventas?

—Viento en popa... ¿Cómo va tu carrera de ascenso en la empresa? Me imagino que con la relación tan cercana que tienes con Jaime, de seguro te da la subgerencia que está vacante.

No me dijo nada más. Apretó los labios, infló un poco los cachetes, nuevamente abrió los ojos a su máxima capacidad, se dio media vuelta y se fue.

Pensé en lo decente que fui frente a su insidioso comentario. Estuve a poco de que se me saliera la Rosa Espinoza que llevo dentro: "¿Tanto te importa concha'e tu mare, tanto te importa de cómo yo me vea?". Por suerte mi profesionalismo salió primero, mezclado con irreverencia, pero profesionalismo al fin y al cabo.

Pasaron los días y el anuncio se hizo oficial. La Lina pasó de ser la secretaria de gerencia a ser subgerente general.

Mientras recordaba todas estas circunstancias decidí levantarme de donde estaba sentada hace más de dos horas y caminar. Dicen que cuando nos pasa algo malo, viene todo junto. Mi situación actual parecía confirmar la teoría. Mi nueva condición de cesante se sumaba a la de cornuda y estafada. Al más puro estilo de *Con los ojos cerrados* le creí todo a Daniel. Mientras el mundo entero me advertía acerca de las andanzas de mi flamante pololo, yo no hacía más que financiar su supuesto proyecto, ser la que pagaba la cuenta cuando él me invitaba a salir y mantenerlo en mi departamento. Todo a cambio de un poquito de amor, sexo y complacencia:

“Con los ojos cerrados iré tras de él, con los ojos cerrados siempre lo amaré, con los ojos cerrados yo confío en él, con los ojos cerrados yo le quiero creer, le voy a creer”. Y con todo ese amor que yo tenía para dar, me quedé endeudada y sola, sin poder seguirlo.

Hace un par de noches atrás, al volver del trabajo vi que ya no estaba ni su ropa, ni rastro alguno de su puta existencia. Daniel se había ido, sin siquiera haberme tirado el cuento de “no eres tú, soy yo”.

Una de las medidas urgentes de la naciente Era Lina en la empresa fue hacer una reestructuración en las diferentes áreas. Curiosamente, dentro del área comercial, la única que fue reubicada del cargo de KAM, al cargo de “patitas en la calle”, fui yo. Esa mañana, mi jefe me llamó a su oficina. Cuando entré vi a la Lina, que me miraba con una sonrisa de oreja a oreja, más bonita que nunca y con un anillo en el dedo anular de su mano derecha que tenía un diamantito, que acaparaba toda mi atención por su brillo. Mi jefe comenzó a hablar acerca de todos mis logros profesionales en la empresa y del aporte que había sido en el área comercial. De pronto la Lina lo interrumpió y me dijo:

—Linda, es momento de que emprendas nuevos desafíos profesionales, en un lugar donde encajes mejor. Estás despedida. No te preocupes, te pagaremos todo y tu finiquito estará disponible a fin de mes.

Seguí caminando mientras llovía y me puse a llorar. Volví a sentirme incomprendida por el mundo, que lo único que hacía en ese momento era mostrarme que no era una profesional seria, que no sabía tener una relación saludable, que estaba sola y en la banca rota.

Llegué a mi casa un poco cianótica por el frío y mojada hasta los calzones, porque no había parado de llover durante todo el rato que caminé. Me saqué la ropa que estilaba y me miré pilucha frente al espejo, al mismo tiempo que lanzaba un llanto de esos que salen hasta con hipo. Después me senté en el water para hacer pipí y el calorcito de la orina que eliminaba parecía calentarme todo el cuerpo. Largué el agua caliente de la ducha y me metí bajo el chorro que caía, que definitivamente era mucho más placentero que la lluvia.

Por fin estaba en casa después de un día de mierda y parecía que el agua se llevaba todas mis miserias por el desagüe.

Al salir de la ducha me envolví en la bata, me puse la toalla en la cabeza y prendí la radio porque el silencio me estaba doliendo. Y así fue como la Trevi me vino a salvar otra vez, acogiendo todos mis problemas de autoestima y guiándome al camino de la liberación de todos los maleficios que me habían echado encima:

“Y me solté el cabello, me vestí de reina, me puse tacones, me pinté y era bella...Y miré la noche y ya no era oscura, era de lentejuelas”.

La Trevi me estaba diciendo que todo lo que dijo la Lina para justificar mi despido y todo lo que me hizo Daniel, tenía que dejarlo atrás, para seguir siendo la misma rebelde que se suelta el cabello y sale a vivir la vida que quiere vivir.

Pasan las horas, los años, o mejor dicho 5660 días desde que vi los matapijos metálicos. Puede sonar un poco obsesivo pero fue real. Todo cambió, ya no duermo ni reflexiono como antes de aquella noche, solo hago y rehago mi telar.

Andrés me mira sin emitir sonidos, por su mente deben pasar películas enteras, donde la imagen principal es mi incapacidad de terminar ese simple rectángulo de 80 cm. de largo por 40 cm. de ancho. Me imagino los cuadros a colores que corren a mil por su imaginación. El pobre ha tenido tanta paciencia, tanta espera que ya no le quedan palabras.

Sentada en mi mesa de trabajo urdo, subo los tonones, paso la hebra y comienzan a aparecer las primeras líneas negras y blancas. La lana se mueve entre mis dedos, la fibra suave juega a las formas. Mientras mi cabeza proyecta imágenes de lo que pudo haber sido y lo tantas veces soñado. Aparece en recuadros

blancos y negros mi infancia y se dibuja esa niña arriba del árbol mirando la plaza, fuera de todo peligro y abierta al futuro.

Tocan el timbre, vuelvo a la realidad y presiento el aroma de Isabel. Acaloradamente se me acerca con la respiración entrecortada y me hace una especie de seña con sus manos, rogando por una disculpa a su retraso. Muevo los labios, trato de emitir algún sonido pero no sale ninguno. Tomo una hoja y escribo el siguiente mensaje: no importa, la kine puede esperar 25 minutos. Lo lee, se ríe y acaricia mi pelo. Me toma las manos y comienza la sesión. El primer movimiento es el del cuello que se desplaza de un lado para el otro. Luego se balancea circularmente y culmina cuando el mentón toca 35 veces el pecho. Finalmente irrumpe su sonido: la la la, moviendo la lengua cuidadosamente, de arriba a abajo, de arriba a abajo. Tras ese interludio aparece mi sonido pero diferente, solo un: aaa. Ella aplaude. Me río.

—¡Vamos bien, señora Joaquina!

Luego vienen otros 22 ecos que mi caja torácica no logra articular en su totalidad. Aprieto mi mano fuerte y me juro que lo lograré, que no importa cuánto tarde, volveré a decir te amo.

Isabel trae un vaso de agua y me lo bebo despacio, mi boca y mis cuerdas vocales lo agradecen, se hidratan y festejan aquel líquido que inunda todas las cavidades y se vuelve tibio.

Una vez que Isabel se retira, me siento en la ventana. El sol de las 10 de la mañana me acaricia la cara, pero la oscuridad

cubre mi cerebro. Otra vez ese helicóptero tirando cadáveres. Siento ese miedo estallar nuevamente...

Fue tanta la angustia que se secaron mis palabras, dejaron su sonoridad en aquella mañana de 1973 cuando un montón de cadáveres invadieron las orillas de mi casa en Caldera. Era de noche y estaba sentada en mi escritorio terminando mi tesis de Osvaldo Guayasamín escuchando *Speak to me* de Pink Floyd, disco que me había enviado mi papá de EE.UU. De pronto sentí un ruido muy fuerte, me acerqué a la ventana y vi a tres Pumas volando a baja altura. Había toque de queda, así que me acerqué sigilosamente y con algo de miedo, porque pese a lo que contaban en los diarios y noticias, había varios compañeros de arte que habían desaparecido de las aulas, sabía que algo olía mal. Vi que lanzaban algo, como estaba oscuro no supe bien qué. La maniobra duró alrededor de cinco minutos, porque cuando regresé ya sonaba *Us and Them*. Me acosté sin siquiera intuir lo que vendría.

Al despertarme corrí la cortina y para mi sorpresa vi cinco cuerpos desnudos tirados en la playa. Un minuto después tocaron la puerta y al abrirla cuatro conscriptos con fusil en mano entraron a mi casa.

—¿Qué hacís aquí? —gritó uno.

Otro me miró con cara deseo y comenzó a tocarme los pechos por encima del camisón.

—¿Qué les pasa? ¡Soy hija de general Herrera, agregado militar en EE.UU! —les grité.

No me escucharon y comenzaron a gritar diferentes cosas que ya ni recuerdo. El coqueto se abalanzó sobre mí, me abrió las piernas, rajó mi calzón y me violó. Después del golpe que recibí en la cabeza no me acuerdo de nada.

Cuando me desperté con sangre entre las piernas, moretones en las muñecas y en los glúteos, me di cuenta que mi boca estaba pegada y sangrando. Me vestí como pude y fui a buscar un teléfono para llamar a mi papá. Los cuerpos ya no estaban en la playa.

Con paso lento me dirigí a la carnicería de don Elías y cuando intenté hablar solo salieron gemidos. No pude hablarle a mi papá, de hecho nunca pude contarle, porque tuvo un ataque cardíaco en Washington.

A partir de ahí la vida se me hizo cuesta arriba. Solo me comunico escribiendo y fue así como logré titularme y conocer a Andrés.

Siento un abrazo por mi espalda y un beso en mi pelo. Andrés me mira un rato y me dice:

—¿Otra vez recordando cosas feas?

Lo abrazo, me levanto, me dirijo a mi lugar de trabajo y comienzo nuevamente a pasar la lana por entre medio de las hebras. La suavidad de la lana y los ojos de Andrés le ganan a los fantasmas del pasado, me decido a terminar el telar.

Cuando abrimos la puerta de esa casa llena de piezas para arrendar en plena calle Manuel Montt, lo que más me llamó la atención fue el frío. Era verano, pero aun así me dio la sensación de que la temperatura era mucho más baja de lo habitual.

Era una casa antigua de madera, con algunos muros de adobe y gran parte de las divisiones hechas con muros de cholguán. Por eso cuando tirábamos era como estar bajo el agua, no me acuerdo de haber tenido un orgasmo en todo el tiempo en el que viviste ahí.

Sí, me acuerdo del día de tu cumpleaños.

Recién habías llegado de Constitución a Santiago a estudiar una carrera tradicional en una universidad casi inventada, donde la mensualidad era una aberración y aunque nunca me lo dijiste, sé que te sentías más solo que nunca. Ya

llevábamos tres años pololeando, pero cada día que pasaba sentía que te costaba más mirarme a los ojos.

Por eso mismo intenté que ese día no sintieras que estabas tan lejos de tu gente. Me desperté temprano y llegué de sorpresa a tu casa, me metí a la cocina compartida, busqué entre los cajones alguna caja de fósforos perdida y te llevé un pastel de mil hojas con una vela que, ahora que lo pienso, daba más pena que alegría, pero que a ti te hizo feliz. Lo sé porque entre el sueño y el “cumpleaños feliz, te deseamos a ti” que te canté media callada y comiéndote a besos me regalaste una sonrisa sincera, la primera que vi desde que habías llegado a Santiago.

Después vino la casa de Infante, casi al lado de Santa Isabel.

En ese tiempo aún no estaba de moda el Barrio Italia, lo único que encontramos cerca y era parte de nuestros pequeños descubrimientos secretos era una “sede” de Bazuca, donde íbamos a buscar las películas que arrendábamos, un par de bares y cafés cerca de Salvador y la plaza que salía en el final de la última película de Fuguet.

Curioso, ahora si viviera ahí me comería caminando todo el barrio.

Siempre sentí que en esa casa penaban, siempre.

Era oscura, incluso de día, tanto así que me daba miedo ir al baño sola, y cuando me despertaba en medio de la noche aguantaba lo que más podía hasta que empezaba a hacer ruido

o me movía mucho y no te quedaba otra que despertarte, prender la luz y acompañarme, y me esperabas afuera del baño con cara de sueño y de amor.

Sí, en ese tiempo nos quisimos.

Íbamos caminando a comprar helados a la tienda de la señora de la esquina, o huevos para hacer esos panqueques perfectos que habías aprendido a hacer de tu mamá, veíamos con tus amigos los partidos de Chile en el patio de al fondo, o hacíamos el amor felices, como quiénes aprenden a amarse, como si no les quedara nada más que ellos mismos.

Acá ya tengo la historia media mezclada.

No me acuerdo si te fuiste a esa pieza de la residencial que quedaba en metro República, con una ruidosa ventana que daba a la Alameda, o a la pieza que te arrendó tu amigo en ese tercer piso de la casa de su mamá en la Plaza Yungay, pero sea cual sea el orden, fueron malos tiempos.

Te cambiaste a Ciencias Políticas a esa universidad que ya casi no existe, y tenía que pedirte que por favor estudiaras. No sé si porque no estabas acostumbrado, o porque eras demasiado inteligente, pero no tenías la disciplina correspondiente, y era agotador pedirte, preguntarte, investigar, saber qué cresta pasaba con algo que para mí era un privilegio y una obligación.

Ahí se empezaron a crear las grietas. Eran chiquititas, pero las podía sentir y tocar, y pucha que dolían.

En la pieza de la Alameda todo fue demasiado tóxico para ser verdad. ¿Te acuerdas que estuvimos semanas sin que me tocaras?

Hacíamos raviolos con salsa de tomate, y nos metíamos a tu pieza, y tú tocabas tu guitarra, tocabas los cubiertos, tocabas todo menos a mí.

Yo estudiaba periodismo en la universidad de al lado, y aún me acuerdo de una conversación terrible en mi auto donde intenté terminar contigo pero mantuve mi decisión aproximadamente veinte minutos.

Y es que a pesar de todas las sombras, siempre lográbamos encontrar la luz.

De Yungay no me acuerdo mucho; solo de una campana que sonaba muy cerca de tu pieza y nos despertaba de nuestras siestas, que llovía mucho ¿Te cambiaste a esa pieza en invierno, cierto? Que escuchábamos todo el día a Sabina. Que salíamos hartos a almorzar afuera porque pucha que había lugares ricos y baratos para comer. Que por fin lograste que aprendiera a tomar vino tinto. Y que una vez que fuimos a la comida china de la plaza, no tenía cupo en mi tarjeta y tuve que dejar mi Iphone en la caja e ir a buscar plata a mi casa.

Después vino el último y glorioso departamento de Los Héroes.

Estabas a cuerdas de mi universidad, por lo que las ventanas, los almuerzos, las tardes y los ramos que me quería saltar siempre los pasé regalando en tu cama. Tengo los

recuerdos más lindos de ese departamento, y es que fueron nuestros mejores tiempos.

El otro día lo estaba analizando: yo creo que es porque ahí nos dimos cuenta que sí podíamos ser felices, que ya habíamos pasado por todas las tormentas posibles, y venía la calma. Tenía que venir, tenía que ser así.

Tantas mañanas despertando apretada a tu cuerpo, mirándote dormir, riéndonos del tiempo, del espacio, de las cañas de ron con Coca Cola, de la marihuana de la noche anterior, de las risas del Pato, de tus trabajos para la universidad y mi examen de grado. Nos manteníamos en esa burbuja semi circular y semi perfecta que nadie rompería. Nadie, excepto nosotros.

Una vez escuché que las casas se mantienen paradas no solo por las paredes, sino también por sus habitantes. Quizás eso explique mucho de lo que pasó después.

Haber terminado contigo después de siete años de relación, y que a la semana te hayas puesto a pololear con otra chica, tu decisión repentina de congelar tu universidad e irte a vivir a Constitución porque tu mamá se estaba muriendo de cáncer, haberme quedado desconsolada buscándote en todas las piezas, en todas las casas y calles del Santiago que me enseñaste a descubrir, y claro, habernos hecho tanto, pero tanto daño.

Nosotros nunca tuvimos nuestra casa, nuestro hogar. En todos esos años siempre arrendaste, compartiste, cediste.

Quiero creer que esa fue una de las razones por las que siempre me sentí profundamente sola a tu lado, y por las que también fuimos tan felices. No éramos dueños de nada, solo de esas piezas de 3x4 metros cuadrados que tantas veces te ayudé a decorar, y que en el transcurso del tiempo también hice tan mías.

A pesar de todo, no cambiaría nada, ni una ventana, ni una esquina, ni una sábana sucia, ni las ganas de todas las mañanas, ni un solo disco de ese trovador español, nada.

Nosotros mantuvimos paradas las paredes de esas casas porque fuimos los habitantes de nuestra historia, y cuando nos dimos cuenta que también podíamos arrendarla, cuando empezamos a dar por hecho, todo se fue a la mierda.

Ayer me entregaron las llaves de mi primer departamento, y pedí el día libre para poder cambiarme tranquila.

Mi mamá me regaló una caja con comida para la despensa, y después de descartar hartas cosas por difíciles, me quedé con unos ravioles y una salsa de tomate. Prendí la luz de la cocina, abrí una botella de vino, puse el disco de lo mejor de Sabina y me preparé para cocinar.

Y no pude más que recordarte y sonreír.

Ojalá esta hubiera sido nuestra primera casa.

